
Por un Papelito

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7774

Título: Por un Papelito

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 30 de septiembre de 2022

Fecha de modificación: 30 de septiembre de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Por un Papelito

Que aquello pasaba así, hacía tanto tiempo, tanto tiempo, que nadie era capaz de fijar fecha.

Desde tiempo inmemorial, fuese verano, fuese invierno, así rabiase el cielo, echando rayos, vientos y truenos, así viejo sátiro, envolviese en tules de oro, de ópalo y de cobalto, en suave caricia en beso afelpado a la Sierra, la amante fuerte y fecunda; siempre había sido lo mismo en la Estancia de «Los Árboles» donde, cumple al veraz cronista decirlo, jamás hubo árbol alguno.

Mucho antes de aclarar, levantábase el capataz, iba al galpón, hacia fuego, llenaba de agua la pava, y en tanto entraba en ebullición, ensartaba el asado, un gran asado siempre.

Luego iban cayendo los peones y el patrón, cual si hubiese recibido previo aviso, presentábase cuando ya estaba a punto el medio capón, cuya mayor parte iba a parar a su vientre poderoso.

Hombre feliz, don Gaspar. Reía siempre y no se enojaba ni cuando estaba enojado.

Muy grande, alto, ancho, obeso, rubicundo, el exceso de salud lo hacía excesivamente bueno y jovial.

Y con todo eso de una regularidad absoluta en el cumplimiento de sus deberes de patrón.

El capataz y los peones lo sabían perfectamente y sabiéndolo, causóles honda extrañeza aquel día en que don Gaspar apareció en el galpón cuando el sol había alumbrado

plenamente el cielo.

Y más extrañeza aún advirtiéndole que sólo comió un par de costillas y dijo «gracias» al segundo amargo.

Contra su costumbre inveterada no dió orden ninguna, montó a caballo y salió, —también contra su costumbre,— sin solicitar acompañamiento de ningún peón.

—Me parece que al patrón le ha picado alguna mosca mala —observó uno de ellos.

Severa y sentenciosamente, el capataz dijo:

—El patrón tiene derecho a hacerse picar aunque sea p'un tábano!

Nadie replicó.

Al fin y al cabo era una excepción y todo el mundo tiene el derecho de estar mal humorado un día.

Pero aquello se prolongó cada día con mayor intensidad. De la noche a la mañana, don Gaspar se había transformado radicalmente. No reía, no jaraneaba, y —síntoma el más grande,— no comía.

Don Gaspar sin apetito y don Gaspar taciturno era algo incomprensible, ilógico, que en las gentes de la estancia motivaba las más extravagantes conjeturas.

Uno de los peones aventuró:

—Hace unos días, yendo conmigo una tarde de mucha calor, se apió junto a la canadita del bajo y bebió much'agua... ¿Nu habrá tragado un pichón de sapo?... Dicen qu'eso envenena y pone rabiosa a la gente...

Sandalio, un casi recién llegado, opinó:

—Pa mí que son males de amor. Cuando un cristiano sano y

fuerte s'encomienza a poner triste y a no comer, es porque hay de por medio algunas n'aguas que chicotean colgadas en el alambrao!...

El viejo capataz se echó a reír.,

—¿Amoríos el patrón? Si está embobao con su mujercita y pa él no hay más mujer en el mundo que la suya...!

En tanto el tiempo transcurría y el mal de don Gaspar se agravaba sensiblemente. Levantábase antes que nadie, a veces a media noche, ensillaba él mismo su caballo y se marchaba al campo, lejos, donde sabía qué objeto lo guiaba. Él, que fué siempre un glotón formidable, apenas probaba los alimentos.

El derrumbe físico fué tan rápido y más manifiesto que el derrumbe moral. Desaparecieron las enormes y rubicundas canillas, desapareció el opulento abdomen y las ropas daban la impresión de un gran saco vacío o mejor, de uno de esos gruesos muñecos de goma que se desinflan.

El capataz, que lo quería como se quiere a un hijo y lo respetaba como se respeta al padre, empezó a espiarlo, y vio con asombro que el patrón ganaba un sitio apartado del campo, un bosquecito de talas en el fondo de un bajío, desmontaba, se echaba en el suelo y pasaba las horas muertas, contemplando un papeíto rugoso y amarillento.

Y así todos los días.

El viejo servidor llegó a convencerse de que su pobre amo había perdido el juicio.

—Anda mal de la chaveta, —afirmó convencido.

En uno de sus espionajes sorprendió a don Gaspar leyendo en voz alta el papelito:

«Agosto 2 de 1901.

«Adorada Manuela: Recibí tu esquelita anunciándome que Gaspar se fué hoy del pueblo. Espérame díspues de oscurecer. Dentraré por la ventana del fondo, como de costumbre. Hasta luego, porota mía. Tu negro

Jacinto».

Y con voz sollozante, don Gaspar comentaba:

—¡Agosto 2!... En mayo nos casamos y a los dos meses ya me engañaba con mi mejor amigo!...

Una semana después, el estanciero, convertido en un saco de huesos, moría.

Alrededor de esa enfermedad misteriosa bordáronse mil comentarios. Cada uno daba su opinión. Sólo él viejo capataz callaba, y cuando lo interrogaron, respondió con voz sombría:

—¡Yo sé por qué murió!... ¡Por un papelito!...

Y como los demás demostrasen unos asombro, otros lástima, él agregó con firmeza:

—No bromeo, no; ni estoy loco... Por un papelito... Ustedes no comprenden; yo sí, y basta.

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.